

Ser Don Bosco sin dejar de ser Miguel Rúa.

En base a textos de Francesco Motto sdb y Aldo Giraudo sdb

Otro Don Bosco, “distinto” de Don Bosco

Quizás una de las características más destacadas y mencionadas de Miguel Rúa ha sido la de la fidelidad a Don Bosco, hasta ser indicado como “otro” Don Bosco.

Pero fue también distinto de Don Bosco. Fiel, sí, pero no una simple fotocopia o un torpe imitador del maestro. Fue diferente el contexto histórico en el que vivió (nacido y muerto 22 años después), diferentes los orígenes familiares y la constitución física, diferentes el temperamento, el porte, el tipo de inteligencia, el modo de ser, de actuar, de leer los signos de los tiempos, diferentes la educación recibida, la formación espiritual y sacerdotal, las experiencias de vida...

Haber sido durante decenas de años el alter ego de don Bosco, haber desenvuelto durante mucho tiempo un oscuro trabajo cotidiano a su sombra o, tal vez mejor, en su círculo de luz, hicieron que se haya confundido a don Rúa con un simple reflejo del brillante sol de nombre “don Bosco”.

En realidad si el “campesino de Dios”, don Bosco, pudo brillar como astro de primera magnitud en el firmamento de los llamados “santos sociales” del siglo XIX, lo fue también gracias al trabajo incansable y metódico del exacto “ciudadano” don Rúa, que, junto a él, alimentó el fulgor. Sólo que, a diferencia del maestro, el discípulo no cultivó ninguna veleidad de pasar a la historia, no se hizo cronista de sí mismo, no encontró legiones de recopiladores de memorias.

Presente desde el principio de la Obra salesiana, don Rúa captó su intrínseca virtualidad expansiva y la desarrolló con coherencia y creatividad. Las intuiciones del carismático fundador se convirtieron en don Rúa en institución. Don Bosco “soñó” en grande, don Rúa realizó. Don Bosco “reveló”, don Rúa dio indicaciones prácticas. Don Bosco visitó los palacios de los poderosos para obtener apoyos y para relaciones políticas especiales; don Rúa estuvo presente directa o indirectamente en muchas manifestaciones de lo social, incluidos los frecuentes Congresos, novedad absoluta en la historia salesiana. Don Bosco fue ajeno a cualquier forma de acción política directa, don Rúa hizo lo mismo con modalidades más flexibles. Don Bosco, que había sido estudiante-aprendiz, preparó artesanos en sus talleres, don Rúa, de familia obrera, tuvo que afrontar el inédito reto de la “cuestión obrera” y de la “cuestión social”. Don Bosco “inventó” su Oratorio, don Rúa lo enriqueció con nuevas modalidades. Don Bosco señaló a los salesianos obras precisas en favor de los jóvenes, don Rúa los introdujo en caminos inéditos. Don Bosco “creó” con sus jóvenes clérigos su sistema preventivo, don Rúa desarrolló con los mismos colaboradores, ya adultos, ese patrimonio educativo y espiritual. Don Bosco envió misioneros ad gentes y para los emigrados, don Rúa ensancho los espacios misioneros y asistenciales.

Verlo en acción, desarrollando sus dones propios en el horizonte de la acción salesiana, en sus 22 años como Rector Mayor (1888-1910), es el propósito de estas líneas.

1. Sucesor de don Bosco

Miguel Rúa a partir de 1888 debió mantener a la sociedad salesiana en los surcos recorridos e indicados por el fundador, y garantizar y consolidar la continuidad de los frutos. Se trató de un paso delicado y no fácil, en el que autorizados exponentes de la curia romana, temiendo por la vida de la congregación, hasta llegaron a pensar fundirla con otra congregación existente.

No sucedió así y don Rúa pasó rápidamente de fiel y sabio colaborador de don Bosco a valiente y emprendedor Rector Mayor. Se metió de lleno en el trabajo y trazó ya en la primera carta oficial a los salesianos, el 19 marzo de 1888, un programa de acción, en tres líneas, basado todo en la persona y la obra de don Bosco: “debemos sentirnos muy afortunados de ser hijos de tal Padre. Por eso nuestra solicitud debe ser sostener y a su tiempo desarrollar cada vez más las obras

comenzadas por él, seguir fielmente los métodos por él practicados y enseñados, y en nuestro modo de hablar y de obrar imitar el modelo que el Señor por su bondad nos ha dado en él”.

Veamos, pues, en acción a don Rua, este “poderoso obrero” de la “viña del Señor” confiada a los salesianos.

a. Sostuvo y amplió las obras salesianas

La dimensión mayor y más fácilmente perceptible de la acción de gobierno de don Rua es sin duda la del crecimiento de la Obra salesiana. A la muerte del fundador, la Sociedad salesiana contaba con 58 casas, extendidas en 4 naciones europeas y 5 sudamericanas. Don Rua elevó a 387 las diferentes fundaciones, multiplicándolas en los Estados en que ya existían, y extendiéndolas a otros 28 países.

La sociedad salesiana creció un 520% y los pocos centenares de salesianos de 1888 llegaron a cuatro mil. Amplia difusión tuvo también el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. En 1910 se contaban 2716 hermanas, 320 casas expandidas en 22 países. Los Cooperadores por su parte llegaron a 300 mil.

Se multiplicaron así no sólo los tradicionales Oratorios festivos, las escuelas profesionales y humanísticas, los hospicios para niños pobres, las iglesias y capillas, sino también nuevas formas de apostolado, como colonias agrícolas, externados, internados, pastoral postescolar, casas para vocaciones tardías, presencias asistenciales... .

Fueron muchas las razones de ese desarrollo salesiano (y también de otras congregaciones de vida activa): entre ellas, el crecimiento demográfico, el descenso de la mortalidad infantil, el despegue industrial de muchos países con el consiguiente reclamo de mano de obra especializada, el aumento de la necesidad de instrucción básica, la excedencia demográfica y crisis económicas que incentivaban la emigración, la incapacidad de los partidos políticos y de las instituciones estatales, basadas en sus modelos ideológicos de responder a las exigencias del mundo de los adolescentes y de los jóvenes.

Este desarrollo de obras de salesianos y de Hijas de María Auxiliadora se dio a pesar de la decisión, reiterada varias veces, de no proceder a la apertura de obras nuevas, para consolidar las existentes y preparar adecuadamente al personal, siempre insuficiente para la necesidad. En el congreso de los Cooperadores de Bolonia de 1895, don Estaban Trione hizo notar que si don Rua en uno de los Capítulos generales había pedido que lo ayudasen a contener y a moderar a D. Bosco, ahora se debía invocar su ayuda para moderar a don Rua: “Si se me permitiese, diría que si Don Bosco parecía imprudente, me parece que Don Rua es más imprudente que Don Bosco”.

En contacto desde la infancia con familias de trabajadores, don Rua se movió con naturalidad en el mundo del trabajo al que prestó gran atención. Por ejemplo, en Turín, en julio de 1906, tuvo activa participación en la mediación para poner de acuerdo a un industrial con sus obreros en huelga a ultranza. Sociedades obreras lo honraron como miembro.

La fidelidad creativa de don Rua se manifestó también en el gran relanzamiento de los Oratorios a través de una amplia reflexión que implicó no sólo a la “familia salesiana” sino también a sectores de la sociedad eclesial y civil.

Afrontó la novedad de la emigración, animando a los salesianos, a las Hijas de María Auxiliadora, a los cooperadores a procurar la asistencia espiritual y material de decenas de millares de italianos, alemanes, polacos, portugueses, emigrados temporal o definitivamente sobre todo en las tierras americanas y en Europa.

Todo esto suponía, evidentemente, inmensos problemas económicos, vistas también las crisis económicas recurrentes de la época. En tiempos de escasísima circulación monetaria se invirtieron cifras registrables hoy como millones de euros, recogidos todos, naturalmente, de la beneficencia, suscitada por don Rua con decenas de fatigosos viajes por Italia y media Europa, con sus circulares y por medio del Boletín Salesiano, publicado en sus tiempos en nueve lenguas. A pesar de todo, una verdadera estabilización no se realizó nunca: las cuentas quedaron siempre en rojo, dado el impresionante e incontrolable desarrollo de la Obra salesiana.

El campo de la buena prensa fue uno de los de mayor interés de don Rua. Creó la SAIED (Società Anonima Internazionale per la Diffusione della Buona Stampa) con sede en Turín y varias filiales en distintas ciudades de Europa. Se editaron además unos cincuenta periódicos informativos, escolares, semanales y mensuales.

b. Siguió fielmente, desarrollándolos y enriqueciéndolos, los métodos practicados y enseñados por don Bosco

Una segunda dimensión teórico-práctica de la acción de don Rua fue la fidelidad al método educativo practicado por don Bosco. Consciente del valor de la herencia pedagógica por haber vivido junto a él decenas de años, se prodigó en conservarla, sostenerla y difundirla, pero sin prejuzgar formas de innovación, necesarias por la legislación de la época y por las necesidades del nuevo siglo. Fue significativo en 1910 el famoso lema del consejero profesional general, don José Bertello: "con los tiempos y con Don Bosco".

c. Buscó imitar el modelo de vida espiritual

Como don Bosco, para la santificación propia y para la de los jóvenes consideró de suma importancia el cuidado por las personas, la vida sacramental, la vida de piedad, especialmente la devoción mariana.

Aunque vivió una vida de asceta - la misma fisonomía lo expresaba físicamente - don Rua desarrolló en sí el comportamiento externo de don Bosco. Logró conjugar su innata austeridad con una paternidad llena de delicadeza, hasta el punto de que se le definió como "un soberano de la bondad", "un santo" y hasta "el retrato de don Bosco". En los viajes, acompañados con frecuencia de gracias y prodigios no menos que los de don Bosco, en casi todas partes se le acogió con inmensas muestras de afecto y de fiesta por la naturalidad con que sabía hacer revivir al fundador.

d. Actuó nuevas formas de gobierno y de animación

El rapidísimo desarrollo de la Obra salesiana impuso enseguida el reto inédito de tener que conciliar la necesidad de descentralizar el gobierno - a través de la creación de inspectores representantes del Rector Mayor - con la consiguiente centralización en el Capítulo General y en el Consejo Superior para determinadas decisiones.

La sociedad salesiana adquirió así, gracias también al talento organizativo de don Rua, una estructura jurídica precisa: se aprobaron reglamentos de las distintas actividades y cargos, se reordenaron las deliberaciones tomadas en diferentes momentos, se trataron todos los grandes temas del gobierno y de la animación de la sociedad (Oratorios, escuelas, adquisición de títulos, economía, vocaciones juveniles y adultas, votos, medios para conservar el espíritu de don Bosco, cooperadores, hermanas...), se regularizaron las instituciones (Capítulos generales, inspectorías, noviciados, casas y programas de estudio, experiencias educativas de tirocinio...).

En segundo lugar, la correspondencia fue un notable instrumento de gobierno y de animación para don Rua. A través de las cartas creó una profunda relación y una implicación muy estrecha y

personal con los interlocutores: sintió, habló, actuó atento a las personas, delicado en los rasgos, partícipe de sus problemas y de sus fatigas cotidianas, en las pequeñas y grandes contingencias.

Finalmente visitó asiduamente las casas de Italia y una docena de largos viajes a España, Ucrania, Inglaterra, Tierra Santa y Norte de África. Se ha calculado que, como acompañante de don Bosco y de sus obras, recorrió en total 100 mil km, más de dos veces la vuelta al mundo, casi siempre en la tercera clase de los incómodos trenes del tiempo.

Envío a América, como representante suyo y visitador espiritual a don Pablo Albera, su futuro sucesor, quien durante casi tres años (1900-1903), recorrió América a lo largo y a lo ancho.

Estos informes de los muchos “visitadores” (consejeros generales, inspectores, directores) dieron a don Rua una clara visión del estado moral y material de la sociedad salesiana, para proyectar un futuro que confiar, dada su edad, a sus sucesores.

e. Presencia discreta y paterna para las Hijas de María Auxiliadora

En sintonía con la joven madre general Catalina Daghero, respetó la autoridad y la autonomía de decisión, sin faltar a su propia responsabilidad. No impuso su pensamiento, le dio confianza, preparándola así a gestionar autónomamente un gran instituto cuando llegó el momento.

Ayudado por el director general y después por los inspectores, realizó un diálogo puntual sobre muchas cuestiones: fundaciones, selección de obras y personas, modalidad educativa. Dio un impulso decisivo a la organización del gobierno en un momento de rápida expansión, con el intento de robustecer la unidad.

Cuando el Rector Mayor dejó de ser superior de las Hijas de María Auxiliadora, don Rua manifestó su fidelidad máxima al espíritu del fundador, siguiendo con el ejercicio de su paternidad espiritual, aconsejando personalmente y con una rica correspondencia epistolar, asegurando el cuidado espiritual de los salesianos como confesores de las religiosas y de las alumnas.

f. Espinas entre las rosas

Como a don Bosco, tampoco le faltaron, en medio de los “éxitos”, pruebas dolorosas. Graves motivos de sufrimiento fueron la muerte en un accidente ferroviario de mons. L. Lasagna y algunas hermanas en Brasil en 1895 y, el mismo año el desborde del Río Negro, en Argentina, destruyó totalmente la misión salesiana.

Al final del siglo estalló la persecución religiosa en el Ecuador y al empezar el siglo XX Francia lanzó una dura política contra las congregaciones, con trágicas las consecuencias para la congregación.

No menos dolorosos fueron los hechos calumniosos de Varazze de 1907, a los que se añadió el año después el terremoto de Mesina, que causó la muerte de nueve salesianos y una treintena de muchachos. Por aquellos días se presentaron también problemas de identidad carismática con un grupo de salesianos en Polonia.

Otras dos pruebas para don Rua las determinaron algunas intervenciones de la curia romana. Frente a las autoridades pontificias que parecían intervenir directamente sobre el modelo vital y activo salesiano dejado por don Bosco, don Rua vivió en su carne el conflicto de tener que dejar una apreciadísima y casi carismática tradición por caminos nuevos e inexplorados; intentó resistir, pero al final obedeció, aunque con una obediencia dolorida y onerosa.

Si el dolor más grande lo había sentido don Rua en el momento de la muerte de don Bosco, la alegría mayor la tuvo el 24 de julio de 1907 cuando la Congregación de los Ritos lo declaró venerable: “cuando me tocó notificar con la mano temblorosa a toda la familia salesiana la muerte de Don Bosco, yo escribía que aquella noticia era la más dolorosa que hubiese dado o pudiese dar en mi vida; ahora, en cambio, la noticia de la Venerabilidad de D. Bosco es la más dulce y suave que pueda daros antes de bajar a la tumba” (carta del 6 de agosto de 1907).

g. Despedida

Don Rua murió en Turín-Valdocco el 6 de abril de 1910 a la misma edad de don Bosco (72 años). Hombre de confianza de don Bosco, vivió con él 36 años, sucesor suyo durante 22 años, fue sepultado junto a él en Turín-Valsalice, donde reposó veinte años, antes de su traslado a la cripta de la Basílica de María Auxiliadora de Turín, que ya custodiaba el cuerpo del “padre”.

El 29 de octubre de 1972, al declararlo Beato, el Papa Pablo VI expresó; “¿Qué nos enseña Miguel Rúa? A ser continuadores. La imitación que hace el discípulo no es pasividad, es expansión, pero libre y original, a partir de las cualidades de cada persona. Miguel Rúa actúa siempre con el sello de Don Bosco, pero con dimensiones propias y crecientes.”

En Don Rúa se cumplió el auspicio que él mismo hiciera al día siguiente de la muerte de don Bosco: “la santidad de los hijos será la prueba de la santidad del padre”.